



La torre de Fuensaldaña.

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallón en la hendedura.

Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí, en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas,
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la húmeante hoguera,
De las cóncavas piedras al abrigo,
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí, sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada,
Repetida en los aires por el eco,
Moría en sus bramidos sofocada,
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras, en melancólica armonía,
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras, en repugnante gritería,
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente,
Remedaba el hervir de las cascadas
Y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo,
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujían los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces,
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable són en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos,
En las rejas meciéndose colgadas,
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaba,
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos,
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo,
Con el inquieto y bético alarido
Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenía, apenas fatigada,
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces, á la sombra cobijados,
Los pies á par de la expirante lumbre,
Cedían nuestros párpados cansados,
Más que á la voluntad, á la costumbre.

Y á cada chispa del tizón postrero,
A cada empuje del turbión errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto, recelosos,
En derredor del descompuesto fuego,
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa,
De volubles contornos revestida,
De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto,
Delirando festines y batallas,

Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones,
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde, las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente,
Íbanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras,
Sus contornos al fin desvanecían,
Y en un salón sin lámparas ni alfombras,
Sólo estaban dos locos, y dormían.

II

Y era grato, al són del viento,
Abrir el párpado al día,
Y contemplar, soñoliento,
Su confuso resplandor
A través de las abiertas,
Hon las y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla,
Sobre los campos posada,
Interceptando el mirar;
Y oír la ráfaga inquieta
Que al vendaval sustituye,
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron,
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir;
En escombros convertidas
Musgo y tintas con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
En vez de ricos tapices,
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros,
Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta,
La presa que vuela en torno,
Vigilante, astuta y quieta,
A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
Hallar de rincón ruinoso,
El rastro de un hormiguero
Que en el verano pasó;
Que en el fondo nació acaso,
Mas no contento en el suelo,
Con irreverente paso
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
De la torre de Saldaña
De sus techos y salones,
La mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,
Tú, que indiferente escribes
Sobre cráneos y paredes
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
Hoy trojes de rico hidalgo,
Y en sus salones oscuros
Ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
Cual si de ellos dueño fuera,
Y sus tablas y despojos
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
Ni su nombre y dueño antiguos....
Y para insultos tamaños,
¿Quién era en Saldaña yo?

Un niño, un triste ó un loco,
Que divertido en sus penas,
Curaba entonces muy poco
De cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,
A la lumbre de mi hoguera,
En tanto bramaba el viento,
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el día,
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol, afanado,
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salón.
El aire, en fuerzas cediendo,
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco:
Algunas hierbas livianas
Encontré no más en él.
El aire las sacudía
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas, asomaron,
En los rotos arquitrabes
Su misterioso mohín:
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

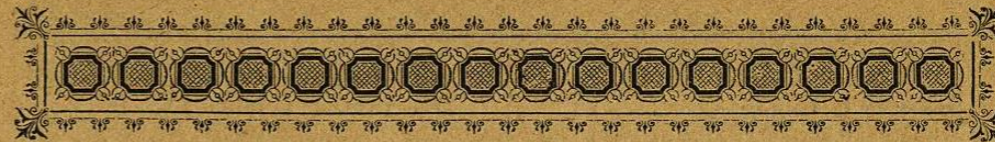
Entonces, de la alta cumbre,
El sol, rasgando la niebla,
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos,
Alumbrando los salones.
De cenagoso color.

Y entonces, á los reflejos
De la llama repentina,
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas:
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino,
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas,
Al roto soplo del viento,
Ya perdidas, ya cercanas,
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta;
Mis años, hora por hora,
A contar, triste, volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos, acaso,
Por llegar á Fuensaldaña,
Aceleraron el paso,
De aquella noche después;
Mas ¡ay de hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana,
Entre el polvo del camino,
La huella de nuestros pies!



LA DUDA ⁽¹⁾

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos tenéis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por más que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Más que á cantar sus cantares,
Su llanto á llorar provoca.
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mías,
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que á llorar osa,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos,
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola,

Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan
Y las bellas que le pisan,
Cuántas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas,
Que antes que el canto se agote,
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Pluguiera que, en vez de versos,
Mi pluma brotara rosas,
Porque, al menos, con las flores
Se pueden tejer coronas.
Pero á par de los cipreses,
Si nacen flores se agostan;
Y donde los muertos hablan,
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma,
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

(1) Escrita en el álbum de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Que vos merecís los versos,
Nadie en la villa lo ignora;
Y es tan claro por sabido,
Que hasta dudarlo es lisonja.
Que él la memoria merece,
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así, entre ambos dividida
La imaginación dudosa,

Los versos son para vos
Si le prestáis la memoria;
Lo que en vos merece el sexo,
En él merece la sombra,
Y lo que en vos la hermosura,
En él la tumba lo abona.
Justo es, con los dos hablando,
Duden el muerto y la hermosa
Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.



La Virgen al pie de la Cruz.⁽¹⁾

*Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum penderat Filius.*

Velaba entonces el cielo
Su lumbre en opacas nieblas,
Y, crespón de tanto duelo,
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido
El aire pesado encierra,
Que, doliente y abatido,
Yace sin fuerzas tendido,
Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras,
En la alta región inmóviles,
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
El negro ambiente cruzando,
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida ó calenturienta.

(1) El acreditado artista D. José Gutiérrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composición que lleva este epígrafe. Inútil es, por consiguiente, decir que está dedicada al autor del cuadro.

La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la hierba pajiza
Sostiene la raíz hueca
Campo estéril de ceniza.
Y del desierto á la entrada,
En torpe paso el Jordán
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada,
Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,
Por donde las ondas crecen,
Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.
Todo entre sombras callaba;
El mundo, en reposo inerme,
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas,
Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.
Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas,
Los esqueletos agudos
Sacaron, de asombro mudos,
Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar .
Lo que era triste saber;
Ninguno acertó á dudar
Lo que salió á contemplar
Y alcanzó temblando á ver.